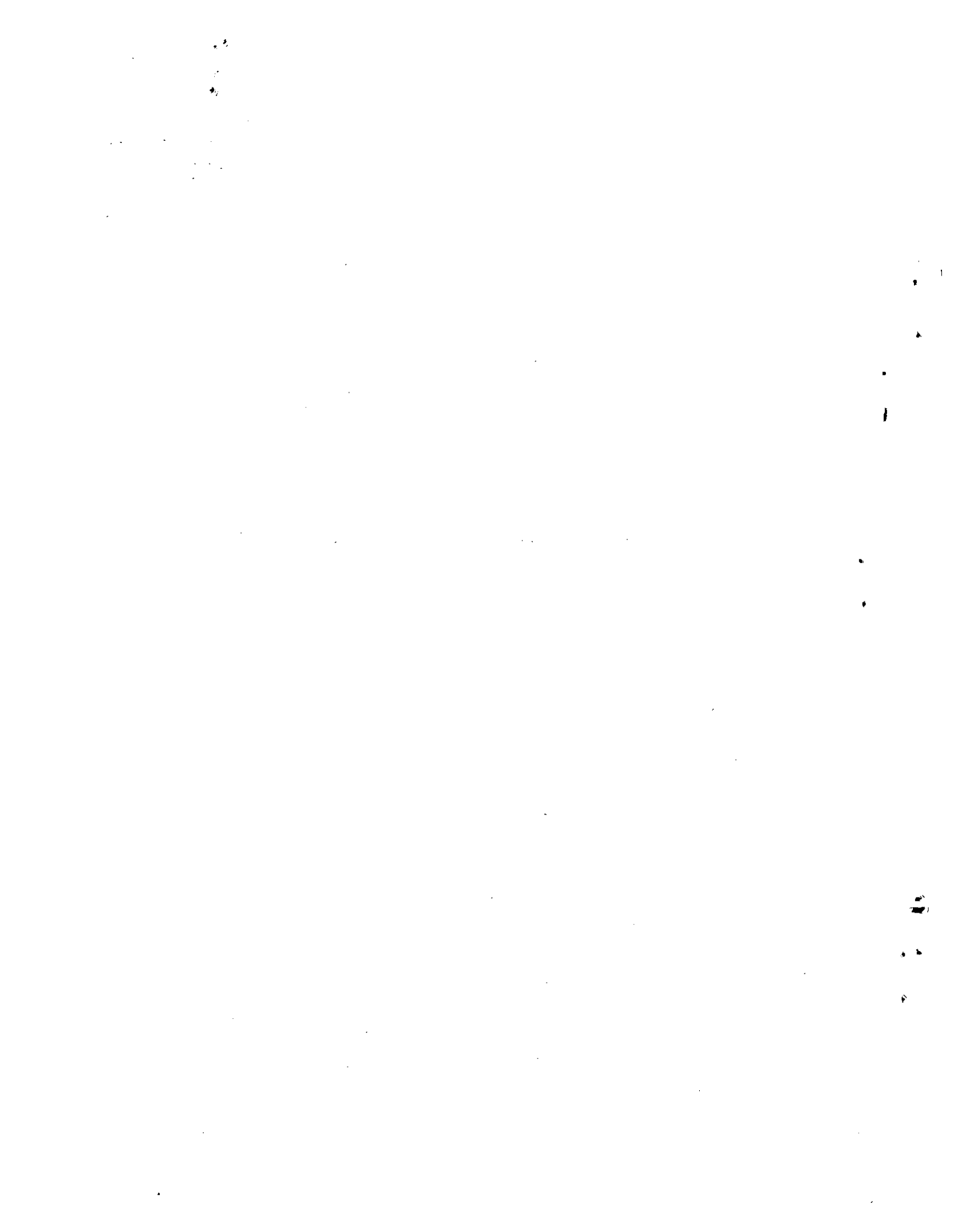


ESTRICTAMENTE PARA
DISCUSION INTERNA
CEPAL/MEX/BORRADOR/SDS/77/1
Joseph Hodara
Marzo de 1977



LOS LIMITES DEL CRECIMIENTO Y EL ORDEN LATINOAMERICANO



La literatura sobre el crecimiento económico y sus fronteras físicas, institucionales y psicológicas se ha multiplicado geométricamente en el último lustro.^{1/} Y como suele acontecer en el juego de las ideas, los aportes adquieren relieve no sólo respecto a las cuestiones que de manera explícita pretenden dilucidar; involucran también evocaciones y analogías históricas que refrescan la mirada a problemas añejos. En otras palabras, el debate y las investigaciones sobre "los límites" no se cifieron a algunas variables (población, recursos, tecnología, ambiente) que afectan la viabilidad de largo plazo de la sociedad humana; ni se contentaron con denunciar las transgresiones a la naturaleza y al tejido social inherentes al crecimiento irrefrenado. Hicieron hincapié por añadidura, en la insuficiencia conceptual y operativa de algunas nociones que han presidido el ordenamiento internacional en las últimas tres décadas. Esta literatura sacude tanto la decimonónica idea del progreso indefinido como la arquitectura de "macropaz y microguerras" peculiar a ese ordenamiento. Ahora percibimos que los planteamientos sobre los límites encierran también una teoría de la violencia internacional.

Este ensayo tiene tres propósitos. Primero, indicar rasgos significativos de la reflexión sobre la probable finitud del crecimiento y sus implicaciones para la convivencia internacional; segundo, contrastar estos rasgos con aquéllos que parecen caracterizar la actitud latinoamericana hoy dominante respecto al tema; y, en fin, sugerir que esta actividad experimentará modificaciones en el futuro próximo, de significado ambivalente en el orden latinoamericano.

Como cualquier trabajo también éste alberga supuestos. Uno de ellos alude al ascendiente pronunciado que las consideraciones sobre los límites ya tienen en los cuerpos directivos de Estados y organizaciones transnacionales (desde la iglesia a las grandes corporaciones); forman parte del ethos

^{1/} Consideramos como punto de referencia el ensayo de D. H. Meadows y otros, Los límites del crecimiento, que vio luz en 1972. No desdeñamos las contribuciones de clásicos y modernos; pero aquella obra abre un período de producción intelectual cualitativamente diferente.

que norma su visión del mundo contemporáneo. Esta premisa contrasta con una postura --que tiene amplios adeptos en América Latina-- que subestima el valor y el peso de estos análisis, considerándolos bien ideológicamente maliciosos, bien empíricamente infundados.

El segundo supuesto se refiere a los mecanismos de "control histórico" que poseen aquellos cuerpos directivos. No son ni tan perfectos ni tan débiles como postulan algunas extremas filosofías de la historia y las prácticas políticas; pero revelan creciente agilidad bajo el influjo de estas consideraciones sobre los límites.

Finalmente, creemos que uno y otro supuesto afectan débilmente la conducta de los países rezagados. Entre las brechas cualitativas del desarrollo cabe suscribir con pesar también ésta: la aptitud para percibir y operar en escenarios que mudan rápidamente guiones y personajes no ha sido aún adquirida por las naciones periféricas.

II

Característica sobresaliente de los planteamientos --apocalípticos o no--^{2/} sobre el crecimiento limitado es el naturalismo. Se manifiesta en el diagnóstico de los problemas, en el móvil de la terapéutica recomendada, y el desenlace previsto si el uno y la otra no se toman en cuenta.

Por el flanco del diagnóstico la literatura subraya que la expansión irrestricta en un sistema cerrado es, por lógica, inválida, y crecientemente costosa donde todavía es factible. El énfasis se coloca en "las necesidades físicas que sirven de apoyo a cualquier actividad fisiológica e industrial",^{3/} necesidades que en todo caso exacerban los problemas sociales.^{4/} El análisis

^{2/} Ejemplo de uno es P. R. - A. H. Ehrlich, Population, Resources, Environment, W. H. Freeman, 1970; y del otro J. Maddox, The Dooms-Day Syndrome, Mc Graw Hill, Nueva York, 1972. Una síntesis excelente de las visiones sobre el futuro orden internacional presenta Ch. F. Doran, "Growth, Stagnation, and Alternative World Futures", en L. R. Beres - H. R. Tang (eds) Planning Alternative World Futures, Praeger, Nueva York, 1975

^{3/} D. H. Meadows, Los límites del crecimiento, FCE, México 1973, p. 66 (subrayado en el original).

^{4/} Ibid, pág. 75.

evoca conflictos primordiales en los que el hombre como animal depredador emplea recursos --naturales y psicológicos-- constreñidos; las dificultades marchan más aprisa que el conocimiento sobre ellas; y las urgencias y la brevedad del tiempo entorpecen el aprovechamiento de la aptitud acumulada para resolver problemas.^{5/} En este contexto, las nociones legadas por las derechas e izquierdas clásicas poseen valor limitado. No es el litigio de clases, ni el fragor de ideas, ni la crisis del voluntarismo histórico los que constituyen la médula del diagnóstico. Se presenta por cierto la alienación, pero esencialmente como resultado de esa desordenada contienda entre el hombre y la naturaleza agotada; declina el Occidente industrial, porque esta contienda --y no la insuficiencia de la voluntad o el atropello de las clases-- altera prácticas y creencias fundamentales, como la propiedad privada y el empeño empresarial;^{6/} y se hace visible un malestar, no porque haya terminado el diálogo hombre-Dios (debido a la muerte o a la vida ilegítima de Este), sino por las señales transparentes de una puja planetaria que se ajusta a una biología-hecha-lógica. Realidad primaria y brutal apenas disimulada por el refinamiento diplomático, la vivencia urbana y las añejas categorías históricas. El ambiente es hedonista; las reglas, selváticas; la geología, más importante que la historia.

Este reduccionismo naturalista abreba también en las utopías tradicionales; pero en corta medida. Pone acento más bien en perturbaciones que pueden escapar al control humano, revelando sus límites epistemológicos e institucionales.^{7/} Al desorden económico sigue la impotencia tecnológica, que resta flexibilidad a estructuras que, en otros tiempos, lidiaron exitosamente con las restricciones naturales.^{8/}

^{5/} Estos dilemas son examinados con lucidez por Y. Dror, "Policy Sciences: Development and Implications", en P. Albertson - M. Barnett (eds) Managing the Planet, Prentice Hall, New Jersey 1972, pp. 238-251.

^{6/} Véase R. L. Heilbroner, Business Civilization in Decline, W. W. Norton, Nueva York, 1976, p. 32 y ss.

^{7/} Ejemplos de estas perturbaciones semiautónomas veáanse en D. H. Meadows, op. cit., p. 99 ss. También es importante la entrevista a A. Szent-Györgyi, (Premio Nobel), en W. L. Oltmans (ed) On Growth, Capricorn Books, Nueva York, 1974, p. 35 ss, quien señala, con pesimismo, que el cerebro humano sólo capta estímulos del corto plazo.

^{8/} No hay consenso sobre la impotencia de la tecnología. Una imagen más optimista proyectan Ph. Conneley-R. Perlman, The Politics of Scarcity, Royal Institute of International Affairs, Londres, 1975, p. 137.

El rasgo está presente también en la terapéutica. No apunta ésta hacia el perfeccionamiento de las instituciones --todas ellas gestadas para crecer--, ni a la mudanza de las clases dominantes, ni a la abolición del Estado. Pretende más bien un "nuevo contrato" con el contorno externo, que se traduzca en dinámico balance ecológico. Y se invierten los términos del binomio hombre-naturaleza proyectado por la tradición cristiana: la naturaleza ya no aparece como una entidad maliciosa, rebelde, impredecible; estas prendas pertenecen ahora al hombre, que debe ser "naturalizado". Todas las propuestas sobre "crecimiento cero", "orgánico", o "estable", rematan finalmente en este nuevo arreglo que contiene elementos del viejo paganismo. Adviértase que una mayor interdependencia-para-el-equilibrio reduce la autonomía formal de las entidades creadas por el "contrato social clásico", es decir, el Estado Nacional.^{9/} De aquí la condena de la "miopía nacionalista" como un obstáculo al tratamiento global del desequilibrio dinámico. Se precisa una nueva ética respecto a los recursos materiales, aún cuando ella implique el sacrificio de ciertos valores y tendencias bondadosos en sí mismos.^{10/}

El naturalismo permea, además, el desenlace que analistas de los límites prevén si las medidas correctas no son tomadas. Catástrofe ecológica, hija de una naturaleza violada. No sería la primera vez que se presenta; mas podría ser la última. Adviértase: no se trata de un desgaste de clases en conflicto, ni de un cisma entre el Estado y la sociedad civil, ni del estrangulamiento económico de los subdesarrollados. Todo esto puede ocurrir; el telón de fondo será, en cualquier caso, físico-biológico. Así, el clima y sus variaciones torpemente provocadas, los flujos contaminantes, y los virus liberados constituirán los actores de un drama que fue humano en su origen.

9/ "El aumento de la interdependencia entre naciones y regiones se debe tomar entonces como una disminución de la independencia..." "Debe desarrollarse una actitud hacia la naturaleza basada en la armonía y no en la conquista..." M. Mesarovic-E. Pestel, La humanidad en la encrucijada, FCE, México, 1975, pp. 147 y 189.

10/ Esto entraña, en verdad, un dilema para la Nueva Izquierda, pues, de un lado, resiste cualquier desmesurada centralización, y, del otro, capta que esta medida es prerequisite de la "nueva ética" que solicita. Véase la introducción de M. Olson a The No-Growth Society, W. W. Norton and Co., In., Nueva York, 1973, pp. 9-10.

III

Al lado del naturalismo distinguimos un positivismo tecnoburocrático. Vale decir, la convicción compartida de que el conocimiento es posible y valioso en la medida en que se ajusta a las indicaciones e indicadores de la realidad empírica. "Después de todo" --dicen dos analistas importantes-- "una clave que distingue nuestros estudios de muchos otros... relacionados con perspectivas y alternativas para la humanidad, es que el nuestro no se basa en consideraciones ideológicas, es decir, en inferencias verbales, sino en una metodología científica y datos reales".^{11/}

Esta pretensión tiene afinidad con el positivismo clásico (Comte, Spencer) y neoclásico (R. Carnap, O. Neurath); consta de elementos singulares, sin embargo, que dimanarían del ascenso de una tecnoburocracia que apoya las variantes pragmáticas del conocimiento. No sólo es posible --y un imperativo-- saber, sino que el saber puede fluir de y aplicarse claramente por los "hombres correctos". El involucramiento de la ciencia y la tecnología en el quehacer industrial y administrativo facilita y legitima aquel ascenso. Adviértase: la "crisis del crecimiento" no destruye a sus descubridores intelectuales; al contrario, éstos encuentran señero lugar en el "nuevo pacto" que postulan.

Resulta de esta particular fe en el conocimiento la facultad para alterar, con grados desiguales de latitud, el curso de los hechos. Anima a esta tecnoburocracia un impulso ingenieril fundado, de un lado, en las complejidades de la sociedad moderna, y, del otro, en las amplias posibilidades que la tecnología concede. Obsérvese que este impulso pretende ser, en cierta medida, a-ideológico, o, por lo menos, se distancia de las nociones ideológicas aceptadas. Responde a un conjunto de valores, que se apoya en un género de positivismo pertinente a una civilización tecnocrática.

^{11/} M. Mesarovic - E. Pestel, op. cit., p. 63.

IV

El tercer rasgo es la ahistoricidad. La reflexión sobre los límites se enfila hacia el futuro no sólo porque el tema así lo reclama. Transparenta la convicción de que los acontecimientos verificados tienen importancia marginal, bien porque la nuestra es una época singular, que revela problemas inéditos, bien porque la historia plantea interrogantes que, si son abordados, incomodarían a este tipo de analistas.

La prescindibilidad de la historia se presenta en un terreno que apenas puede justificarse: la transición hacia el equilibrio estable. Es ilustrativo que el salto del presente caótico al porvenir ordenado no ha merecido exploraciones significativas. Como si se creyera en la inevitabilidad del proceso, o se ignoraran las dificultades que entraña, o se despreciara la facultad del público para entenderlos.

Suponemos que hay más que eso. Así como el naturalismo y el positivismo tecnoburocrático imprimen un sello particular al lenguaje analítico sobre los límites, la ahistoricidad se traduce en una selección estrecha de temas, en los que la transición --que reclama la imaginación histórica-- no tiene cabida

Envuelve este tránsito un proceso difícil y conflictivo. Después de todo, las instituciones y normas de la sociedad dominante fueron confeccionados para crecer; es menester ahora alterar su rumbo. Pero el examen explícito de estas dificultades lleva al descubrimiento público de incómodas disonancias: primero, entre la reducción de los choques sociales que el estado ideal entraña y la áspera expresión de los mismos en el período de transición; segundo, entre el amortiguamiento de la violencia internacional y su exarcebación en este lapso; tercero, entre la descentralización libertaria al final frente a la centralización totalista en el pasaje.

Estas disonancias se revelan a poco de pensar en términos históricos; de aquí la tendencia a escaparse de ellos, al menos en la literatura de dominio público.

V

Estas características de la reflexión sobre los límites tienen importancia en el contexto latinoamericano. Porque si ellas afectan las actitudes e imágenes del ordenamiento futuro en las instituciones rectoras de la convivencia internacional, la ignorancia de esa reflexión podría implicar bien una brecha perceptual cualitativa, bien una práctica de desarrollo que se despliega a contrapelo de tendencias probables.

Cabe anotar que al referirnos a la actitud latinoamericana respecto a los límites no perdemos de vista dos reservas. Primero, que el término es sumamente vago; diluye diferencias de nivel de desarrollo, madurez industrial, y percepción del orden internacional. Y segundo, que nuestra caracterización de la reflexión latinoamericana sobre el desarrollo --que no sobre sus límites-- difiere radicalmente de los análisis clásicos que sobre los "pensadores" y el "arielismo" se han efectuado en la región. Se trata de un esbozo --entre tímido y audaz-- de la concepción subyacente en los temas del desarrollo latinoamericano y del probable encuadramiento externo.

VI

Hemos corroborado^{12/} que la imaginación del futuro tropieza con graves escollos en América Latina. La lenta y equívoca maduración de las ciencias sociales, la inestabilidad institucional relativa --especialmente en los centros de estudio--, y los imperativos del corto plazo recortan las alas de esa imaginación. Teniendo presente este telón de fondo sugerimos que: i) de momento la reflexión latinoamericana sobre el futuro acusa rasgos que contrastan con los señalados en páginas anteriores, y ii) las imágenes dominantes tienden rápidamente a diferenciarse en el interior de la región, al calor de varios factores que apenas han concitado averiguaciones.

12/ J. Hodara, "Prospectiva y subdesarrollo", Demografía y Economía (El Colegio de México), X, 28, 1976.

VII

Al naturalismo se opone el sociologismo. Vale decir, en la presentación del desarrollo latinoamericano se hace hincapié en factores que pertenecen a o se derivan de la estructura social y política, o bien en las modalidades de inserción con el exterior. Los obstáculos principales se configuran en términos de "la dependencia", la rigidez institucional, las apetencias encontradas de las élites dominantes, o el disenso social irreparable; muy poca atención merecen los intercambios del aparato productivo con la base natural y tecnológica, las restricciones ecosistémicas al crecimiento, y el viraje de los estímulos externos por obra de un encadenamiento de conmociones estructurales.^{13/}

También la teoría del conflicto inserta en esta reflexión es sociologista. Se trata bien de una puja de clases que hoy tiene proyecciones internacionales (burguesía nacional, aliada al Estado y a las grandes corporaciones o insurgencia de los marginados), bien de una discrepancia de voluntades en la que la ceguera se sobrepone a una generosa lucidez. Nótese que también el remedio ordinariamente sugerido al desarrollo insuficiente coloca el acento en la "revolución", la "reforma", el "autosostenimiento" (self-reliance), "la persuasión de los poderosos", actos todos que se hace depender de la voluntad política, la organización civil, o las presiones concertadas en foros internacionales. Las limitaciones físicas son ignoradas.

Y el desenlace tiene vestimenta sociologista: triunfo de las clases secularmente sumergidas, vasta escalada de la represión encapsulamiento respecto del exterior, idílica cooperación internacional, o dependencia económica irreversible. Casi no se vislumbran catástrofes ecológicas, o estrangulamientos derivados de una serie concatenada de crisis estructurales que tienen raíces en el aceleramiento poblacional, el desgaste de recursos, la insuficiencia irreparable de capital, y un clima internacional de paz negativa.

^{13/} Estos rasgos, manifiestos en la literatura socioeconómica latinoamericana, presentan huellas aún entre actores sensibles a las nuevas corrientes. Ejemplos de lo último se encontrarán en la primera entrega de la Revista de la CEPAL, 1976.

VIII

El sociologismo bocetado aquí no lleva necesariamente a la pasividad. Al contrario, induce un conjunto de acciones que tienen como soporte principal al Estado como entidad benévola e indicativa (cuando no paternalista). Pero se trata de un activismo oligoburocrático, alejado de la tecnoburocracia positivista que caracterizamos más arriba.

Expliquemos. El debate que se celebró en Europa en los siglos XVII y XVIII acerca del Estado --como entidad autoritaria y malévol-- y la sociedad civil --como campo libertario, donde cristalizó la burguesía en ascenso-- hoy se presenta en el subdesarrollo latinoamericano, pero con los términos invertidos. Es en la sociedad civil, fundamentalmente en su "área privada y urbana", donde se presentan manifestaciones de indisciplina y egoísmo social; allí se despliega un tipo de crecimiento exento de "organicidad", irrespetuoso del derecho humano; optimiza beneficios unilateralmente. En contraste, el Estado es la entidad reguladora e ilustrada, que disciplina y conduce al desarrollo, fiel a los intereses nacionales. Si hay soluciones factibles, éstas pueden ser instrumentalizadas sólo por el Estado; el control de éste debe depositarse, por consiguiente, en "las manos correctas" (la definición precisa de éstas levantaría disonancias inconvenientes; no se hace, por lo tanto).

Esta inversión de términos --poco advertida, por cierto-- es coherente con el ascenso de la oligoburocracia, vale decir, un grupo selecto de funcionarios públicos reclutados por una mezcla de criterios tradicionales (conexiones) y modernos (aptitud individual y celo revolucionario), con valores que oscilan entre un "espiritualismo marxista" (aceptación de su filosofía social con prescindencia del materialismo histórico y de las formas concretas de la institucionalización, la ética y la lucha socialista) y un voluntarismo pseudoempresarial que conjuga los problemas sociales en términos ingenieriles o policiales.^{14/}

^{14/} Esta penosa caracterización de los valores dominantes en la oligoburocracia reconoce excepciones importantes; en líneas generales, corresponde a la situación descrita por la CEPAL, El desarrollo económico y social y las relaciones externas de América Latina, E/CEPAL/AC.70/2, 14 de febrero 1977, primera parte.

Esta oligoburocracia promueve acciones, en algunos casos de amplitud considerable; limita selectivamente los "abusos" de la sociedad civil; y negocia el estilo de relacionamiento con el exterior. Pero no se lanza de ordinario a vastos proyectos de reconstrucción social. Primero, porque no parece albergar la convicción de que ellos sean factibles, considerando las incertidumbres que les son inherentes; segundo, porque involucran riesgos para la continuidad de su dominio; y, en fin, por una situación de atonía externa que la sugerida brecha perceptual agudiza.

IX

La historicidad --tercer rasgo de la reflexión latinoamericana sobre el desarrollo-- tiene efectos ambivalentes. Por un lado, involucra una espléndida más que erudita memoria histórica que imprime rumbo al quehacer social; del otro, una sobrealimentación ideológica que nace de esta inquietud por el legado histórico. Así como el ahistoricismo peculiar a buena parte del análisis sobre los límites lleva a disimular los obstáculos de la transición para facilitar el alcance del equilibrio futuro, la historicidad magnifica el peso de consideraciones y factores que ya no tienen pertinencia real en la coyuntura. En uno y en otro caso el análisis deforma que no descubre la realidad.

X

Pero este retrato ya empieza a perder vigencia. Primero, porque Latinoamérica en conjunto ha aprendido considerablemente en las últimas décadas tanto en los menesteres del desarrollo nacional como en la relación con factores externos; segundo, porque algunos países han adquirido madurez industrial y tecnológica que les permite una inserción externa más estable, y, en fin, porque algunos analistas empiezan a revelar sensibilidad e interés en los juegos geopolíticos internacionales.

América Latina ha ascendido en los tramos del ingreso y de la industrialización, situándose en un puesto privilegiado en la matriz tercermundista; pero el ascenso no ha sido homogéneo. Hay una brecha naciente y cualitativa dentro de los países latinoamericanos. Los determinantes de esta brecha guardan afinidad con los planteamientos positivistas-naturalistas que colorean la literatura sobre los límites. Se trata de la dotación de recursos, del crecimiento industrial, de la fortaleza relativa del Estado, y de la lucidez geopolítica.

XI

La dotación de recursos es un término vago. Denota la posesión de una base estratégica para el desarrollo que puede consistir en la gran minería, el petróleo, una eficiente agricultura de exportación, o un cuadro político-tecnológico-empresarial calificado. Algunos países ya tienen estas prendas (Brasil, México, Venezuela, Argentina, Cuba); y otros tal vez jamás las conseguirán, salvo en marcos de cooperación regional.

Merced a esta disponibilidad de recursos, algunos países han crecido sostenidamente, obteniendo un margen considerable de diversificación productiva. Se encuentran ya en una etapa relativamente avanzada de despliegue industrial, de suerte que sus problemas y necesidades empiezan a ser cualitativamente diferentes de los rezagados.

Por otra parte, el proceso ha sido facilitado por la institución de un Estado fuerte y diferenciado, que con un proyecto nacional articulado y con una tecnocracia razonablemente eficiente puede sacar partido a la coyuntura internacional.

Finalmente, algunos han alcanzado una refinada comprensión geopolítica que se traduce en la percepción más amplia de las fuerzas que mueven o estancan el escenario internacional. Cada país latinoamericano tiene, por supuesto, un lugar en estos movimientos; pero no todos pueden captarlos o influir sobre ellos.

XII

Decimos que estos factores que determinan un nuevo tipo de brecha en el orden latinoamericano tienen afinidad con las argumentaciones sobre los límites. El primero --la dotación de recursos-- guarda nexos claros con la idea de que cualquier crecimiento de largo plazo está presidido por la posesión amplia y por el juicioso aprovechamiento de las disponibilidades básicas; este término se entiende aquí de modo dinámico.

La maduración industrial, por otra parte, no es sólo un hecho económico; implica potencialidades tecnológicas y geopolíticas considerables, como muy bien se comprendió cuando el Estado, en la fase del capitalismo naciente, decidió intervenir activamente en los procesos y alcances de la industrialización.^{15/}

En tercer lugar, el poder relativo del Estado y su conducta bajo tensión ha merecido la atención de los estudiosos en el contexto de los límites.^{16/} En la medida en que se diferencia internamente, perfecciona sus recursos informativos, y precisa sus objetivos en un entorno delimitado, el Estado puede desencadenar efectos mucho más amplios que aquel asociado a la inmadurez industrial, y mucho más concentrados que los organismos transnacionales.

Y, en fin, la epistemología de las relaciones internacionales no es una preocupación gratuita de los inquietos por el largo plazo; tiene efectos tangibles en la forma de percibir la estratificación y las interacciones de los países, y abre el cauce para intervenciones selectivas.

Ahora bien: si algunos países de América Latina empiezan a adoptar ciertos rasgos y conclusiones de la reflexión sobre los límites --por el concurso de los factores ya mencionados-- ¿cómo habrá de afectar este hecho el orden latinoamericano?

^{15/} Evidencias al respecto pueden encontrarse en la luminosa selección de C. M. Cipolla (ed) The Emergence of Industrial Societies (dos volúmenes), The Fontana Economic History of Europe, Londres, 1973.

^{16/} Por ejemplo, N. Choucri - R. C. North, "Dynamics of International Conflict: Some Policy Implications of Population, Resources, and Technology", World Politics, Vol. XXIV, Verano 1972.

Sugerimos tres posibilidades. La primera corresponde a valores compartidos --al menos en el nivel público-- en la región. Se trataría de que el progreso cualitativo de los países de mayor basamento estratégico se traduzca en la unidad hemisférica, con transferencias fluidas de factores dentro del sistema, y una actitud común frente al exterior. La más avezada percepción del futuro ordenamiento internacional lograda por aquéllos operaría, por consenso, en favor de todos; las negociaciones con el exterior tendrían entonces una lucidez y un respaldo solidario hoy débiles.

Para cristalizar esta posibilidad se debe superar por lo menos dos convicciones arraigadas en la visión dominante del orden latinoamericano. Una de ellas es que existe un estilo de desarrollo en América Latina (exceptuando Cuba) cuando, en rigor, aparecen hoy divergencias sustantivas en las potencialidades y futuros módulos de desarrollo (aún en el marco de un sistema capitalista "mejorado"). La segunda convicción es que la soberanía de cada país merece respeto absoluto; la sacralidad del principio no permite concesiones selectivas y funcionales.

En otros términos, puede robustecerse la unidad del orden latinoamericano en la medida en que: i) se reconocen diferencias cualitativas entre los países, y ii) se procede a una división de las funciones económicas y extraeconómicas a fin de difundir el desarrollo en lo interno y de renegociar la postura latinoamericana en el orden internacional.

Como alternativa despunta una fractura interna, de suerte que los países mejor dotados llegarán individualmente a acuerdos de cooperación y competencia con los grandes centros industriales, en los términos en que éstos respetan. El resto quedaría segregado de unos y otros, o bien en una situación de dependencia y estancamiento sistémicos. Hay señales --inquietantes desde la perspectiva anterior-- de que este proceso está en marcha.

La tercera alternativa suma a la anterior un componente de dominio intrahemisférico, esto es, la fijación y control de esferas de influencia por parte de los pocos mejor dotados, con la anuencia explícita o no de poderes externos. Esta posibilidad acaso no tenga antecedentes documentados en la historia latinoamericana; pero es familiar a las filosofías de la historia y a las prácticas políticas en otras latitudes.

XIII

Inquietar es el propósito de todo ensayo. Y difundir la inquietud por el contenido, la epistemología y las implicaciones de un tipo de literatura ignorado o descuidado en América Latina ha sido el propósito de éste. Se menoscabaría la trascendencia del asunto --y la vanidad del autor-- si el ensayo quedase en el páramo.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

